

PARA SER PRACTICISTA DE LA CIENCIA CRISTIANA

(To be a Christian Science practitioner)

A continuación se presentan algunos artículos del folleto
"Para ser practicante de la Ciencia Cristiana" (To Be A Christian Science Practitioner)
Publicados en el sitio de internet de *El Heraldo de la Ciencia Cristiana*
Fuente: <http://www.elheraldocc.com/heraldo/practicista.jhtml>

"...cuando terminó la clase... [la Sra. Eddy] nos hizo preguntas. Una de ellas fue:
"¿Cuál es la mejor forma de hacer una curación instantánea? Muchos se pusieron
de pie. Algunos dijeron: 'Tomando consciencia de la omnipresencia del bien'; otros,
'Negando los reclamos del mal'. Hubo muchas respuestas, pero una vez que
terminaron, ella dijo, según recuerdo: 'Yo les voy a decir la forma de hacerlo. ¡Es
amando! Simplemente vivan el amor —sean el amor— amen, amen, amen. No
conozcan otra cosa que no sea el Amor. No hay nada más. Eso hará la obra. Sanará
todo; resucitará muertos. No sean otra cosa, sino amor' ". —Sue Harper Mims,
We Knew Mary Baker Eddy, p. 134

ÍNDICE:

- 1- El deseo de sanar ("The Desire to Heal") - J. Thomas Black
- 2- Integridad y curación ("Integrity and Healing") - Naomi Price
- 3- La humildad: "lente y prisma" ("Humility-'lens and prism' ") - Corinne Jane Teeter
- 4- Los honorarios del practicante ("Practitioner Charges and Love's Design") - Gail Menschel
- 5- Inspiración para un sanador ("Inspiration for a Healer") - Paul Grimes
- 6- La curación no se obtiene hablando ("Healing Is Not a Talking Cure") - Allison W. Phinney, Jr.
- 7- Ley divina: poderosa como ninguna ("Divine Law: Uniquely Potent") - Geoffrey J. Barratt
- 8- Mejoremos el tratamiento metafísico ("Upgrading Metaphysical Treatment") - Geoffrey J. Barratt

El deseo de sanar

Se ha dicho que casi todas las niñas de escuela primaria en algún momento sueñan con tener un caballo, y que casi todos los varones adolescentes que practican deportes sueñan con competir en las Olimpiadas y/o jugar en las ligas mayores, ya sea de béisbol, rugby, fútbol o cualquier otro. No obstante, sólo un pequeño porcentaje de ellos cumple sus sueños.

De manera similar, es probablemente cierto que casi todas las personas que han tenido una curación en la Ciencia Cristiana sienten el deseo de sanar a otros, pero sólo un pequeño porcentaje cumple ese sueño tanto como les gustaría.

Esto plantea algunos interrogantes: ¿Por qué razón una simple curación en la Ciencia Cristiana inspira el deseo de sanar a otras personas? ¿Por qué tan sólo unos pocos logran cumplir ese sueño? ¿Cómo se puede cumplir ese deseo?

Por qué surge el deseo

Al mirar desde la ventana de mi estudio en este momento, veo del otro lado de la calle un cantero de forsitias en flor. El cielo está cubierto, pero a pesar de que la luz del sol no brilla tanto el amarillo de esas flores resplandece y es tan radiante como una enorme fogata.

La forsitia no lo hizo por sí misma. Un botánico diría que las leyes materiales de la naturaleza hizo que ocurriera, pero hay algo más. Para el Científico Cristiano que discierne las ideas espirituales donde los objetos materiales parecen estar —para el pensador espiritual que trata de comprender la metafísica que “resuelve las cosas en pensamientos y reemplaza los objetos de los sentidos por las ideas del Alma”¹— la forsitia es una idea divina gobernada por las leyes de Dios que hace que la misma florezca con ese vibrante color espiritual.

Algo semejante ocurre con el deseo de sanar a los demás en la Ciencia Cristiana. El anhelo que una sola curación produce en nuestro corazón no es nuestro. Nosotros no generamos ese amor de lo más tierno. Un psicólogo puede que ofrezca una explicación humana, pero está equivocada. Para el Científico Cristiano, cuyo corazón de pronto se ve gratamente conmovido por un afecto antes desconocido, es el poder del Espíritu Santo, el vívido sentimiento del Cristo, el amor de Dios por toda Su creación, resplandeciendo en él. Queremos sanar porque no podemos evitar querer sanar. El amor, puro e inocente como un niño, que produjo la curación entraña un deseo natural e irreprochable de compartirlo. Los dos están tan unidos como la luz y el calor. Somos como un niño pequeño que involuntariamente sonrío cuando su papá entra en la habitación. Somos como la forsitia que llamea y la luciérnaga que fulgura naturalmente. Dios está haciendo en nosotros tanto “el querer como el hacer, por su buena voluntad”.² Deberíamos sentirnos cómodos con este deseo y permitir que Dios lo alimente.

La misteriosa curación en la Ciencia Cristiana entraña el descubrimiento o el discernimiento —a veces muy pequeño, otras grandioso— del cosmos espiritual que se encuentra más allá de la materia. Es el más grande de los descubrimientos. Es un descubrimiento mucho más grande y profundo que el que hace el astrónomo que ha vislumbrado una nueva galaxia y no ve el momento de compartirlo con el mundo, o el descubrimiento hecho por un físico quien calcula matemáticamente y luego verifica una nueva partícula, y está ansioso de contárselo a sus colegas.

El descubrimiento espiritual en la Ciencia Cristiana es más grande que éstos, porque es el discernimiento más allá de la materia misma, es el discernimiento de la verdadera sustancia espiritual, de aquello que es materialmente invisible. Acompaña la curación en la Ciencia Cristiana porque en la Ciencia Cristiana la curación se basa en la comprensión espiritual. Revela lo que realmente existe allí donde parece estar la materia. Es una vislumbre de la realidad cósmica. Y trae con ello lo que se podría llamar la reverencia del amor, el urgente deseo de compartir este descubrimiento con otros mediante la curación. Este deseo no debe sorprendernos porque es muy natural. Algunos quieren gritarlo desde las azoteas, como me dijo un amigo hace poco. Otros simplemente quieren que Dios los guíe a tener experiencias en las que puedan calladamente

compartir, mediante la curación, aunque sea un poco de lo que ellos han percibido. Pero para todos es el amor más altruista. No es por reconocimiento personal o para obtener ganancias. Es para la gloria de Dios.

Jesús dijo simplemente: "Mi Padre hasta ahora trabaja, y yo trabajo".³ La Sra. Eddy fue de igual manera fuertemente conmovida por este amor, y puso su sentimiento en estas simples palabras:

Es mi oración hacer el bien,
por Ti, Señor;
de amor ofrenda pura es,
do guía Dios.⁴

Por qué el deseo no siempre se lleva a cabo

La mayoría de los niños se ven enfrentados con la competencia. Si no es cuando los empujan porque otro chico quiere subir primero al autobús de la escuela, es el deseo de que los elijan primero en el equipo, o de sentarse más cerca del que está contando un cuento. Algunos dicen que es parte de la naturaleza humana, pero cuando yo era niño, mi papá criaba perros cocker spaniel, y vi que hasta los cachorros recién nacidos, que son temporalmente ciegos, competían entre sí para mamar.

La competencia está arraigada en la vida humana y se extiende hasta la edad adulta. Hasta los discípulos compitieron con su Maestro para determinar quién sería el más grande,⁵ y la esposa de Zebedeo trató de promover a sus dos hijos hablando con Jesús.⁶ Pero no se trata simplemente de quién tiene la granja o la compañía de camiones más importante, quién vive en la casa más grande, quién es elegido para ocupar el puesto más alto o corre más rápido los 100 metros. A nivel más profundo, ¿no se trata acaso de quién ha de tener las ideas que tendrán preponderancia?

Toda tendencia del pensamiento humano hacia lo que es bueno, moral y puro, honrado e inteligente, progresivo y noble, enfrenta resistencia. Cualquier cosa que sea mejor que las normas de la materia aceptadas actualmente, encuentra oposición porque es una amenaza a las condiciones de la materia. Es lo que Pablo llamó la mente carnal, o la insistencia mesmérica de que la materia y sus leyes gobiernan el universo, lo que se opone al Cristo, a la bondadosa Verdad de Dios de que todas las cosas son espirituales.

Para aquellos que anhelan practicar la curación mediante la Ciencia Cristiana, la oposición de la mente carnal es particularmente intensa. La razón es que la teología de la Ciencia Cristiana embiste con mayor profundidad y éxito contra las teorías de la materia que contra ningún otro concepto. Pone de manifiesto la falsedad de la materia en la ciencia, la teología y la medicina. En soberbia autodefensa, estos sistemas resisten la Ciencia Cristiana con más persistencia y sutileza, que lo que resisten los sistemas de pensamiento que compiten con ellos y se basan en la materia. Los Científicos Cristianos hemos descubierto que siempre que hacemos el bien a nivel espiritual, el mal parece estar presente para oponerse a ese bien tan ciertamente como una pelota lanzada al aire tiene que caer. Incluso parece que cuanto mayor es nuestro amor por servir, más insistentes son las distracciones del mundo. Un practicante me contó que en una ocasión cuando tenía que hacer un trabajo importante de oración por un paciente, ¡comenzó a distraerse pensando en cuánta gasolina le quedaba en su automóvil!

La Sra. Eddy llama a estas distracciones que nos apartan del amor tierno, propio del Cristo, magnetismo animal. Ese es el término científico que usa para referirse al intento de abatir —mediante las tentaciones que nos vienen al pensamiento— nuestro natural afecto por el bien y sustituirlo por una atracción hacia el mal. Pasa de ser una competencia, a una abierta agresión. Es, o bien, malicioso contra la santidad, o ignorante de la santidad. La forma maliciosa no sólo reprime el deseo que tiene un Científico Cristiano de sanar a otros, sino que intenta hacerle daño en el proceso. La forma ignorante es demasiado torpe como para valorar el bien, y con indolencia prefiere el mal.

Cuando vienen al pensamiento argumentos de que uno no se puede sostener a sí mismo y a su familia mediante la práctica de la Ciencia Cristiana, o que no tiene suficiente entendimiento como para sanar a otras personas, o que uno nunca atraería pacientes, todos ellos son obvias sugerencias del magnetismo animal. También son mentiras. Dios sostiene lo que Él inspira. Cada una de estas sugerencias es una vulgar oposición al deseo natural de sanar mediante el sistema que Dios ha dado al mundo en la Ciencia Cristiana, la cual es el Consolador que Jesús prometió.⁷ Todo lo que se

opone al cumplimiento de la profecía del Maestro se opone a Dios y a Su Cristo y no tiene autoridad verdadera.

Cómo llevar a cabo el deseo

Si no se ha encontrado un mentor en la práctica de la Ciencia Cristiana, o si no se tiene confianza en la habilidad para sanar, el amor tierno de Dios compensará esas limitaciones tan ciertamente como el sol sale por la mañana. “El amor nunca deja de ser”, promete Pablo.⁸ Si uno todavía no comprende cómo elegir a los pacientes con sabiduría, o cómo equilibrar la ley humana con los estatutos divinos, o no entiende por qué no se debe tratar de mezclar el tratamiento de la Ciencia Cristiana con sistemas inferiores, o la diferencia que existe entre la oración científica, el tratamiento espiritual y la manipulación mental, puede encontrar todas estas respuestas en *Ciencia y Salud*. En ese libro no hay nada que no esté dicho para guiar totalmente al sanador espiritual. Asimismo, muchos pueden recibir apoyo mediante la instrucción en clase de un maestro autorizado de la Ciencia Cristiana que se anuncie en *The Christian Science Journal* y *El Heraldo de la Ciencia Cristiana*.

El asunto es que Dios es quien despierta en los Científicos Cristianos todo deseo humilde y sincero de sanar a otros, y ese mismo Dios sustenta y responde a ese deseo. Es como las fuerzas que causan que la forsitia florezca y a su vez envían la lluvia y los rayos del sol para nutrir sus pimpllos. “No temáis, manada pequeña, porque a vuestro Padre le ha placido daros el reino”.⁹

Sin duda, ese deseo de bendecir a los demás mediante el amor y la curación propia del Cristo, puede estar totalmente protegido. El sistema de la Ciencia Cristiana no es más impotente ante el mal ignorante o malicioso, que los rayos del sol ante una nube cargada de lluvia, o la primavera ante la amenaza de ser detenida por el invierno. La ley y el amor de Dios son supremos sobre toda sugestión del mal. “El mal no es supremo; el bien no carece de poder; ni son primarias las llamadas leyes de la materia y secundaria la ley del Espíritu”.¹⁰

Tener el deseo de sanar mediante la Ciencia Cristiana es un deseo santo. Proviene de Dios. El Dios que impulsa el deseo, apoya y lleva a cabo el deseo de aquellos que confían en Él. La Ciencia Cristiana enseña que Dios es todopoderoso, de manera que el mal carece de poder no importa qué forma parezca asumir. El mal no es más influyente que los fantasmas que, como bien lo sabe la gente razonable, son imaginarios. Ninguno de ellos ha tenido nunca verdadera influencia. Si alguien cree en ellos, sólo tiene que despertar y percibir la verdad de que Dios es todo, y así liberarse de esa creencia, como cuando despierta de un sueño nocturno.

La Ciencia Cristiana tiene un destino universal. Dios la envía para salvar a toda la humanidad —a todo individuo— del mal. No se trata de una teología hecha por los hombres que se esfuerza por explicar los misterios cósmicos del bien y del mal. No son teorías humanas que como una pistola de juguete se dispara contra un animal enloquecido por la dominación material, tampoco es una choza frágil que se usa para protegerse contra un violento tifón. Es el puerto seguro de la humanidad. Es el mensaje final y divinamente inspirado de la curación espiritual que Dios envía al hombre y que define toda la realidad. Su descubridora es Mary Baker Eddy. Ella la comprendió mejor que nadie en su época y en la nuestra, y describe su descubrimiento de la siguiente manera: “No es una búsqueda de sabiduría, es sabiduría: es la diestra de Dios que tiene asido al universo —todo tiempo, espacio, inmortalidad, pensamiento, extensión, causa y efecto; que constituye y gobierna toda identidad, individualidad, ley y poder”.¹¹

La curación espiritual es la esencia de la Ciencia Cristiana. La Sra. Eddy fundó la Iglesia de Cristo, Científico, y pidió que todos sus miembros fueran sanadores.¹² El deseo de sanar a otros es tan natural para el Científico Cristiano como es el deseo del petirrojo cantar y de la forsitia florecer. Todo aquel que responde a este deseo está respondiendo a un llamado de Dios y está a salvo. No existe mal que se oponga, retrase o frustre el plan que tiene Dios para Sus “pequeños”, que somos todos nosotros.

—J. Thomas Black

Publicado originalmente en el número de Julio de 2008 de *The Christian Science Journal*.

¹ *Ciencia y Salud* con Clave de las Escrituras por Mary Baker Eddy, pág. 269. ² Filipenses 2:13. ³ Juan 5:17. ⁴ *Himnario de la Ciencia Cristiana*, N&Ord; 253. ⁵ Véase Marcos 9:33, 34. ⁶ Véase Mateo 20:20–23. ⁷ Véase Juan 16:7. ⁸ 1 Corintios 13:8. ⁹ Lucas 12:32. ¹⁰ *Ciencia y Salud*, pág. 207. ¹¹ *Escritos Misceláneos 1883–1896*, pág. 364. ¹² Véase *Manual de La Iglesia Madre*, pág. 92.

Integridad y curación

El método de curación en la Ciencia Cristiana es totalmente mental —espiritualmente mental. Ni un sólo elemento de la materia o de la energía mental mortal entra en ella. Entraña la destrucción de todo lo que es errado y malo en la experiencia humana mediante la comprensión y expresión de la verdad espiritual, que es siempre correcta y buena.

Al prepararse para ser un sanador en la Ciencia Cristiana la persona debe desarrollar su espiritualidad dentro del marco de la integridad que Cristo Jesús vivió y enseñó. Se requiere aprender, como él hizo, que la Vida es Dios y que el hombre real creado por Dios es espiritual, bondadoso y bello, y ha sido hecho y es mantenido absolutamente perfecto en todo aspecto. También exige progreso diario no sólo en el conocimiento de estos hechos acerca de la presencia de Dios, el bien, y de Su idea perfecta, el hombre, sino en vivirlos, manteniendo el pensamiento en línea con lo que es divinamente real, y demostrando al hacerlo la presencia del bien no sólo para uno mismo, sino para otros también. Significa que debemos orar para tener perpetuamente en nosotros la Mente “que estaba también en Cristo Jesús”,¹ de modo que siempre podamos honrar a Dios, el Espíritu divino, tanto en acciones como en pensamientos, expresando las cualidades de Verdad y Amor, demostrando siempre la perfección espiritual y la eternidad de la Vida con absoluta integridad como él hizo.

La integridad espiritual —la cual exige que no sólo digamos la verdad, sino que la vivamos— se encuentra entre las cualidades cristianas esenciales que uno necesita expresar para poder sanar. Y es, de hecho, natural que todos la expresemos. La integridad es una cualidad de Dios, el Principio divino, y, por lo tanto, una cualidad del hombre, la idea e imagen exacta de Dios. Cuando la expresamos probamos en cierto grado la unidad del hombre con Dios, la Verdad, y, al mismo tiempo, la presencia del bien espiritual con nosotros. Y cuando se demuestra que el bien está presente, se demuestra que el mal, el opuesto del bien, está ausente. Llegado este punto, el temor, la enfermedad, la escasez —todo tipo de discordancia— ha cedido a la alegría, la salud, la abundancia y la armonía en el bendito suceso que los seres humanos denominan curación.

La única manera posible de destruir realmente el mal mental —que puede expresarse externamente como una discordancia física o enfermedad— es tener fe en la presencia del bien y demostrarlo. Es axiomático que dos errores nunca resultan en una verdad. Sólo lo que es correcto anula lo que está equivocado. De forma similar, sólo la verdad neutraliza el error, el bien destruye el mal, el amor anula el odio.

La Sra. Eddy insiste en que todo aquel que quiera tener éxito en la curación por medios espirituales debe expresar un elevado grado de integridad y fortaleza moral, puesto que la destrucción del mal, cualquiera sea su forma, sólo puede producirse basándose en la demostración del Principio perfecto y la idea perfecta. Ella escribe: “El bien tiene que dominar los pensamientos del sanador, pues de lo contrario su demostración es tardía, peligrosa e imposible en la Ciencia. Un móvil maligno implica fracaso. En la Ciencia de la curación por la Mente es indispensable ser honesto, puesto que la victoria está del lado del bien inmutable”.²

Jesús, que era un hombre de la más alta integridad, exigía de los demás la misma norma elevada. Censuraba la falta de honradez en todas sus formas. Al Maestro no sólo le preocupaban las acciones, sino también los pensamientos, e insistía que tanto los pensamientos como las acciones debían coincidir con las palabras. A los Fariseos los llamó “sepulcros blanqueados”, hipócritas, y advirtió a las multitudes y a sus discípulos que no siguieran el ejemplo de ellos, pues, a pesar de ser muy letrados, “dicen, y no hacen”.³ Aquel que dice y no hace, pierde su habilidad para sanar. Demuestra que el bien no domina su pensamiento al punto de gobernar sus acciones. No demuestra su unidad con el Principio divino, como tampoco que Dios, o la Verdad, y la idea perfecta de Dios, el hombre, están presentes. Pierde el derecho a ejercer la autoridad, propia del Cristo, que tienen los hijos de Dios de negar y destruir la creencia mesmérica en el mal para beneficiar a otros, puesto que no lo ha negado ni destruido para él mismo. No obstante, en cualquier momento puede recuperar su derecho y su poder para sanar, volviendo a cumplir la norma de la verdadera consciencia, y probando su integridad siendo fiel a esa norma.

Cualquiera que, mediante la Ciencia Cristiana, haya percibido en cierta medida que la materia no tiene verdadera sustancia, sino que es la objetivación del pensamiento mortal, debe saber que nada material es en sí mismo dañino ni beneficioso. No puede ser ponzoñoso para la humanidad en una forma y curativo en otra. Uno puede repetir “la declaración científica del ser” de *Ciencia y Salud* como parte de su oración diaria por sí mismo y el mundo, y realmente creer que, como la misma afirma: “No hay vida, verdad, inteligencia ni sustancia en la materia. Todo es Mente infinita y su manifestación infinita, porque Dios es Todo-en-todo”.⁴ Pero la integridad exige que esta declaración sea más que palabras.

A fin de demostrar la totalidad de Dios, de la Mente, sanando a otros, es esencial que el aspirante a practicante se apoye en la verdad espiritual para sanar sus propias dificultades. Tiene que superar tanto el temor a la materia como la fe en ella, y utilizar sólo medios espirituales para mantener su propia salud y armonía. Por ejemplo, la hipocresía de predicar que uno debe apoyarse en Dios y luego tomar una píldora para aliviar un dolor de cabeza, o recomendar un remedio así a otros, es pernicioso. Induce la pérdida de la habilidad para sanar a través de medios espirituales. *Ciencia y Salud* nos advierte: “Si vosotros mismos estáis perdidos en la creencia de enfermedad o pecado y en el temor a ellos, y si, conociendo el remedio, no usáis las energías de la Mente en beneficio propio, podéis ejercer poco poder o ninguno en auxilio de los demás”.⁵

Pero un estudiante de la Ciencia que sabe la verdad y la vive, es fuerte. Su integridad lo sostendrá, y ayudará a equiparlo para practicar exitosamente la curación cristiana a favor de otros.

—Naomi Price

Publicado originalmente en el número de Octubre de 1973 de *The Christian Science Journal*.

¹ Filipenses 2:5. ² *Ciencia y Salud*, pág. 446. ³ Mateo 23, 3, 27. ⁴ *Ciencia y Salud*, pág. 468. ⁵ *ibíd.*, pág. 455.

La humildad: “lente y prisma”

Durante la clase de instrucción Primaria en la Ciencia Cristiana, me dieron a conocer a Dios a través de Sus atributos, las cualidades que expresan Su naturaleza. Las mismas fueron una ayuda muy grande para comprender mi verdadera naturaleza como imagen de Dios. No obstante, había una cualidad con la que no lograba identificarme: la humildad. Yo sabía que no la tenía y que era esencial para tener la habilidad de sanar a los demás mediante la oración.

Resolví encontrar esta cualidad. En los escritos de Mary Baker Eddy leí lo siguiente: “La humildad es la pasadera que conduce hacia un reconocimiento más elevado de la Deidad. La consciencia, al elevarse, acumula renovadas formas y un singular fuego de las cenizas del yo que se va desvaneciendo, y renuncia al mundo. La mansedumbre realza los atributos inmortales sólo cuando se les quita el polvo que los empaña”.¹ Durante dos años, anhelé y luché por tener humildad, sin lograr sentir que la expresaba. Hubo ocasiones en que hasta lloré en mi lucha por alcanzar esta invalorable virtud. En aquel momento no lo veía, pero al recordar esto puedo ver que mi búsqueda era tan sincera que constituía una forma de oración. También percibí que todo ese tiempo Dios había estado purificando mi consciencia. A través del poder salvador y siempre presente de Su Cristo, Él me estaba ayudando a apartarme del yo personal, para de ese modo obtener humildad. “La consciencia, al elevarse, acumula renovadas formas y un singular fuego de las cenizas del yo que se va desvaneciendo...” Eso era lo que estaba ocurriendo.

El opuesto de la humildad es el orgullo y la vanidad. Estos rasgos son los elementos básicos de la manera de pensar mortal y materialista. Son grandes obstáculos para el crecimiento espiritual. Son producto del sentido personal que afirma que el yo está separado de Dios; el producto de la creencia de que logramos hacer cosas gracias a nuestro propio intelecto. La opinión mortal de nosotros mismos, no percibiendo lo completa y valiosa que es nuestra verdadera naturaleza en Dios, siente vergüenza si no obtiene algún logro mundano del cual estar orgullosa. Argumenta que se trata de un pequeño ego al que le gustan ciertas cosas y le disgustan otras. Por lo general, tiene un plan que está tratando de imponer. Quiere que se hagan las cosas a su manera, y argumenta a favor de su propia opinión.

Cristo Jesús era totalmente altruista. Dijo: “No puedo yo hacer nada por mí mismo; según oigo, así juzgo”.² Él comprendía plenamente que nosotros no originamos nada, y que no podemos lograr nada separados de nuestro Creador. El Maestro enseñó y probó que dependemos totalmente de Dios, el Principio divino de la existencia. Escuchaba atento para que el Espíritu lo moviera, y estando así atento, oía; y al oír al Padre podía distinguir entre la verdad y el error. Jesús demostró la verdadera reflexión, nuestra identidad como imagen de Dios. Hacer eso es expresar humildad. Al responder a la pregunta “¿Qué es el hombre”, la Sra. Eddy escribe: “...lo que no posee, de sí mismo, ni vida ni inteligencia ni poder creativo, sino que refleja espiritualmente todo lo que pertenece a Su Hacedor”.³

Un mortal tiene que superar muchas cosas. Eso era lo que me estaba ocurriendo a mí mientras estudiaba, reflexionaba y oraba. Estaba superando mis creencias de que todas las cosas tienen una base material y que están entrelazadas con la espiritualidad. Ahora estaba yo percibiendo la totalidad y unicidad de Dios, del Espíritu. Estaba viendo que todo lo que realmente existe le pertenece a Él — que todo es Dios, el bien, y Su manifestación. Ahora esto para mí significa que la creación es la evidencia tangible de que Dios existe.

Abrí *Retrospección e Introspección* y leí la experiencia que tuvo la Sra. Eddy con la humildad. Ella habla del “pecado invisible” de confiar en las cosas materiales. Y luego escribe: “Contemplé lo solapada que es la mente mortal en sus modos materiales y quedé turbada. Pálida quedó la mejilla del orgullo. Mi corazón se postró ante la omnipotencia del Espíritu, y un matiz de humildad, suave como el corazón de un rayo de luna, cubrió la tierra”.⁴ Dos cosas se destacaron para mí: que ella percibió que el mal actuaba de manera solapada, y que reconoció la supremacía del Padre. Estos son requisitos para tener humildad en el sentido más profundo, y supe que yo había empezado a percibirlo.

La humildad nos lleva a comprender que no somos una clase especial de mortales que necesita imponer ciertos puntos de vista a los demás, y siente orgullo y justificación al hacerlo. Nos demuestra que somos inmortales, totalmente sujetos al Espíritu. Alcanzar esta comprensión es una meta importante si queremos llegar a ser sanadores cristianos. Es fundamental que desechemos cada vez más la creencia errónea de que somos mortales con una mente y una voluntad privada, una vida privada separada de la Vida divina única. Esto se logra mediante la oración y esforzándonos por vivir en consonancia con Dios, por reflejar la naturaleza divina en todo lo que hacemos.

Jesús y los discípulos eran hombre humildes. Poseían poco de lo que el mundo llamaría conocimiento intelectual, no obstante, estos hombres de Dios tenían una profunda visión de la realidad, de las cosas del Espíritu, y no juzgaban por las apariencias externas. Expresaban mucha reverencia, lo cual también es un requisito para tener humildad.

Orar y anhelar tener humildad. Hacerlo es una manera vigorosa, práctica y valiente de reclamar nuestra unicidad con Dios. La humildad nos salva de la humillación. Cuando la practicamos no podemos dejar de tener éxito. Nos pone en armonía con la Verdad, la cual se impone y se prueba a Sí misma mediante su propio poder dinámico.

Las personas que alcanzan una mayor humildad al ceder al gobierno de Dios y discernir la realidad de Su creación, puede que no se den cuenta de que lo han hecho. Puede que simplemente sepan con creciente convicción que nunca se apartaron de Dios, su fuente. Desafían cada vez más la falsa evidencia del caos, la enfermedad, el pecado y el temor, como algo que es irreal y mentiroso, que no posee lugar alguno, que es impersonal e insustancial. Saben con creciente certeza que la Mente divina es Todo-en-todo. Se ven a sí mismos más claramente como la imagen misma de Dios, herederos de todo lo que es real y bueno. Saben que son perfectos en todo aspecto de su ser, y que pueden probar que esto es verdad tanto en la tierra como en el cielo.

Expresar la humildad que nos guía hacia una comprensión más profunda de Dios, nos permite saber que el reino de Dios ha venido, que el reino de la Mente pura es ahora y para siempre, y que esta Mente es el único poder y presencia que existen. Entendemos, con una claridad cada vez más profunda, que el mal es una negación, no un hecho apoyado por Dios. Percibimos su naturaleza agresiva, pero no tenemos temor de sus cuadros negativos. En humilde admisión de la totalidad de Dios, estamos conscientes de que sólo el bien es real, y que el bien ya está presente y es tangiblemente evidente. Si vemos lo que parece ser una persona enferma o moribunda, la humildad nos permite estar absolutamente convencidos de la verdad de que el hijo de Dios es perfecto y sano, que está bien y lleno de vitalidad, y está presente ahora mismo. No enfrentamos el mal fijándonos en la ilusión, es decir, con el pensamiento centrado en la enfermedad, el accidente o alguna otra calamidad. En lugar de eso, sabemos que la apariencia del mal es la niebla de la mente mortal; que los argumentos de la serpiente y la serpiente misma, como aparece en la alegoría bíblica,⁵ son ficticios y totalmente falsos. La clara luz de la Verdad que se guarda en el pensamiento, dispersa la niebla, y la armonía que es eternamente verdadera, se hace nuevamente evidente. Todo esto es posible con la humildad.

Es necesario estar dispuestos a dejar de lado un concepto falso de nuestro ser. Esto es humildad. Es algo que me esfuerzo por hacer cada día, y todos podemos trabajar en este sentido. Amar a Dios supremamente exige un gran sacrificio del yo personal. Requiere un creciente reconocimiento del hecho de que, como afirma la Sra. Eddy, "El Ego-hombre es el reflejo del Ego-Dios..."⁶ Nuestra labor es vivir de manera tal, que Dios sea conocido en el lugar donde estemos.

Respondamos al llamado cristiano de sanar mediante el poder de Dios, la Mente divina, y recordemos la importancia de la humildad al hacerlo. "La humildad es lente y prisma de la comprensión de la curación por la Mente..."⁷ Podemos probar que esto es verdad y disfrutar los frutos de nuestra obra sanadora.

—Corinne Jane Teeter

Publicado originalmente en el número de Mayo de 2000 de *The Christian Science Journal*

¹ *Escritos Misceláneos 1883–1896*, pág. 1. ² Juan 5:30. ³ *Ciencia y Salud con Clave de las Escrituras*, pág. 475. ⁴ *Retrospección e Introspección*, pág. 31. ⁵ Véase Génesis 3. ⁶ *Ciencia y Salud*, pág. 281. ⁷ *Escritos Misceláneos*, pág. 356.

Los honorarios del practicante y el designio del Amor

por Gail Menschel

La humanidad ansía tener salud. Como Mary Baker Eddy señaló: "...la mente mortal está clamando por aquello que sólo la Mente inmortal puede proveer" (*Escritos Misceláneos*, pág. 365). Más allá del deseo de tener buena salud física, lo que más se necesita es una profunda regeneración espiritual que produzca una curación completa; es decir, se necesita el toque transformador del Cristo.

No es de extrañar que el magnetismo animal, o sea, el pensamiento que se opone a la curación mediante el Cristo, trate de impedir que el pensamiento reconozca que esta ayuda ya está aquí presente, a través del tratamiento en la Ciencia Cristiana. El magnetismo animal trata de mantener a la humanidad mesmerizada por la creencia de que el mundo está compuesto de materia y medicina material. Este punto de vista erróneo del mundo rechaza el valor y la excelencia de la medicina de la Mente divina.

No obstante, el valor espiritual de la oración científica *no tiene precio*. El tratamiento en la Ciencia Cristiana pone de manifiesto nuestra individualidad espiritual, ilimitada y radiante, en vez de dejarnos prisioneros de las creencias de la mortalidad finita. El tratamiento en la Ciencia Cristiana purifica nuestra consciencia. Normaliza y equilibra todos los aspectos de la experiencia de nuestra vida, no simplemente la salud física. La Palabra de Dios es, como describe el Apóstol Pablo, "viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón" (Hebreos 4:12). Cuando alguien experimenta aunque sea un destello de tal transformación a través del tratamiento en la Ciencia Cristiana, sabe en lo más profundo de su ser que este regalo tiene un valor inmensurable.

Las sugerencias que impiden a la gente reconocer el valor del tratamiento en la Ciencia Cristiana, pueden ser muy sutiles. Por ejemplo, el practicante que está dando el tratamiento puede sentirse renuente a cobrar por su trabajo, o el paciente tal vez se sienta indiferente de pagar por la ayuda que recibe.

La resistencia a valorar este tratamiento también puede manifestarse en mayor escala. Por ejemplo, en algunos países es ilegal enviar la cuenta por un tratamiento espiritual o llamarse sanador si no es un doctor en medicina (en cuyo caso, por supuesto se debe cumplir con tales leyes mientras estén en vigencia). También, en muchas culturas está muy arraigada la creencia de que orar por alguien debe ser gratuito, y cuando alguien cobra por un tratamiento, su verdadero cristianismo es puesto en tela de juicio. Finalmente, existe una forma de pensar muy agresiva que insiste en que la gente no tiene suficientes recursos como para pagar un tratamiento en la Ciencia Cristiana. Estas sugerencias implican que es imposible que un practicante de la Ciencia Cristiana pueda vivir de su práctica.

No importa la parte del mundo en que vivamos, lo que más se necesita para contrarrestar estas sugerencias, es valorar en silencio y conscientemente la Ciencia Cristiana en nuestras oraciones diarias. Dicha oración actúa como una levadura, elevando constantemente el pensamiento de la humanidad para que pueda percibir el valor y la eficacia de este sistema de curación divinamente inspirado.

Una parte esencial de la visión que tenía Mary Baker Eddy para su movimiento era que la sociedad valoraría el tratamiento en la Ciencia Cristiana de manera práctica. Podríamos decir que ella consideraba que esta profesión se había establecido en la economía diaria como parte del designio del Amor para el progreso de su Causa. De hecho, ella aprendió esto por experiencia propia, y lo explicó de la siguiente manera: "Cuatro años después de mi descubrimiento de la Ciencia Cristiana, mientras no recibía remuneración alguna por mis esfuerzos ni por sanar toda clase de enfermedades, me vi frente al hecho de que no me quedaban recursos para alquilar un salón donde poder hablar o para establecer un hogar de la Ciencia Cristiana para estudiantes necesitados, lo que anhelaba

hacer; ni siquiera tenía medios para cubrir mis propios gastos diarios. Por lo tanto, fui obligada a hacer un alto.

“Yo había echado todo lo que tenía en el arca de la Verdad, pero, ¿dónde estaban los recursos con los cuales llevar adelante la Causa?” (*La Primera Iglesia de Cristo, Científico, y Miscelánea*, pág. 214).

Aunado a la idea tan clara que ella tenía de que los practicistas de la Ciencia Cristiana debían cobrar por su labor como cualquier otro profesional, estaba el énfasis que ella ponía en el hecho de que esta profesión requería de extrema concentración de pensamiento. Como le escribió a su alumna Mary Eaton en el año 1900: “Nuestras iglesias brotan espontáneamente del suelo de cultivo de la curación —pero yo sé que el sanador necesita todo su tiempo para hacer lo mejor posible al cuidar de los pacientes. Elevar la mente por encima del dolor, la enfermedad y la muerte es muy absorbente, y cuando estoy en la práctica yo no puedo prestar atención a nada más” (L04317, Mary Baker Eddy to Mary Eaton, October 26, 1900, The Mary Baker Eddy Collection, The Mary Baker Eddy Library).

En respuesta a una pregunta sobre cómo deberían mantenerse los Científicos Cristianos que se dedican a la práctica, la Sra. Eddy respondió: “No se debe esperar de ellos, como tampoco se espera de otras personas, que dediquen todo su tiempo al trabajo de la Ciencia Cristiana sin recibir retribución alguna, dejándose alimentar, vestir y amparar por la caridad. Tampoco pueden servir a dos señores, dedicando sólo parte de su tiempo a Dios, y aún ser Científicos Cristianos. Deben darle a Él todos sus servicios, y no deber ‘a nadie nada’. Para hacer esto, deben en la actualidad fijar una cuota adecuada por sus servicios, y luego *concienzudamente ganar sus honorarios*, practicando estrictamente la Ciencia Divina, y sanando a los enfermos” (*Rudimentos de la Ciencia Divina*, pág. 13-14).

Este requisito para los practicistas públicos de “darle a Él todos sus servicios”, se convirtió en una regla para su iglesia. En 1904, la Sra. Eddy agregó un nuevo Estatuto al *Manual de la Iglesia* estableciendo que aquellos que se anuncian como sanadores no podrán “[ejercer] otras profesiones o [seguir] otras vocaciones” (pág. 82). Los practicistas que se anunciaran en el *Journal* no debían tener ingresos procedentes de otro trabajo. Ciertamente, esto nunca pudo haber sido impuesto como un castigo. ¡Más bien, ella esperaba que una práctica dedicada y una Iglesia con numerosas obras de curación, tendrían como resultado una sociedad que reconocería el valor de este sistema de curación!

Esta expectativa nunca disminuyó. En su último año de vida, ella fue advertida por su secretario, William Rathvon, de que muchos de sus alumnos no habían aumentado sus honorarios en 25 años. Le comentó que él creía que “el mundo piensa que los Científicos Cristianos no valoran sus tratamientos, porque cobran muy poco por ellos” (William Rathvon reminiscences, December 24, 1909, The Mary Baker Eddy Library). La respuesta de Mary Baker Eddy fue categórica, y ese mismo día firmó la siguiente notificación: “Los practicistas de la Ciencia Cristiana deberían cobrar por sus tratamientos los mismos honorarios que cobran los médicos de buena reputación, en sus respectivas localidades” (*La Primera Iglesia de Cristo, Científico, y Miscelánea*, pág. 237).

Este norma está balanceada por el Estatuto sobre las reducciones y la benevolencia (véase *Manual de la Iglesia*, pág. 46-47). De hecho, cuando observamos el círculo completo de dar y recibir en la relación practicante-paciente, podemos sentirnos seguros de que todo está gobernado por la ley del Amor y, por lo tanto, no incluye carga ni carencia. Cualquiera sea la situación, cuando nuestro móvil es el amor por Dios y el hombre, el Amor divino encuentra la manera de que se brinde la ayuda y se reconozca su valor.

Los honorarios del practicante ofrecen una forma de expresar gratitud. Y la gratitud es el reconocimiento de la presencia y del poder de Dios que da testimonio de la Vida. Para un mundo que anhela tener buena salud, esta gratitud es un faro indicando que la curación mediante el Cristo es una ayuda siempre presente —eficaz, valiosa y apreciada.

Gail Menschel es practicante de la Ciencia Cristiana, y vive en Groton, Massachusetts, Estados Unidos. Es supervisora de los anuncios de practicistas en el Directorio del Christian Science Journal.

Inspiración para un sanador

Una mañana, muy temprano, algo me despertó. Sentí como si Dios me estuviera diciendo que tomara lápiz y papel y comenzara a escribir. Al principio me sentí renuente a hacerlo, pero luego obedecí. A continuación presento la inspiración que recibí sobre mi labor como practicante de la Ciencia Cristiana.

Yo soy Dios, y nunca creé la materia, la materia no existe. Así que deja de tratar de sanar la materia.

Ni tu paciente ni tú, como practicante, pueden ser hipnotizados para creer que existe un verdadero problema, puesto que Yo jamás creé un problema. No hay problema que sanar, tan solo un concepto incorrecto (falso). Conoce mejor quién soy Yo. Conoce la verdad de lo que he creado. Ésta es la realidad en que se funda el trabajo que realizas.

No puede haber resistencia alguna al reconocimiento de lo que he creado porque ni tú ni tu paciente pueden pensar en sí mismos, ni por sí mismos. Como practicante, no pienses que tienes que lograr que el paciente sepa algo, porque Yo lo sé Todo.

Como practicante no dudes ni cuestiones la obra sanadora. La Ciencia Cristiana nunca falla. El Principio está detrás de todo el trabajo para el paciente/practicista.

“Yo soy Dios, y no hay más”.¹ Yo hice todas las cosas reales y completas. No trates de comprender lo que no es, sino ¡sabe tú lo que es! El poder de la oración es tener la certeza de lo que es. Lo que no es de Mi creación nunca fue creado, por lo tanto, nunca puede estar en el pensamiento porque Yo soy Mente. Esta verdad es absoluta, y no conozco otra. Yo nunca creé lo material. No existe ninguna condición material.

Mary Baker Eddy le dio relevancia a este hecho, y la única forma de explicar satisfactoriamente su obra es siguiendo al Cristo. Es el Cristo el que viene a ti para que sepas cómo sanar. El Cristo está con cada hijo de Dios. Este Cristo se manifiesta en el pensamiento y habla la verdad tanto al paciente como al practicante. Sólo hay un único Dios, una creación, un solo Creador, una Mente, un Principio. El paciente no puede morar en la ignorancia, no puede tener dolor, no puede ser diagnosticado, no puede sufrir, no puede fracasar y no puede morir.

Una ley está actuando y es Mi ley. No existe un proceso mental en la labor de la curación por la Mente. Sólo existe una realidad: Dios. Comienza con Dios y termina con Dios. No existe nada más.

Sólo Yo hago todo lo que es. Sólo Yo soy el poder en tu obra sanadora. Yo hice la creación y la manifestación de lo que he creado tiene que *ser*.

La labor de sanar mediante la oración está en el Espíritu, no en la materia. El paciente y el practicante le prestan demasiada atención a la materia. Ni el paciente ni el practicante originan la comunicación; sólo Yo me comunico con ambos.

Sólo escucha Mi Palabra. Permanece en el único reino, el cual es Mío. No trates de convencer al paciente de la verdad, porque entonces estás aceptando la discordia de la que habla el paciente. No eres tú ni el paciente los que saben, sino Yo. Yo soy el Sanador, y “YO SOY EL QUE SOY”.² Por lo tanto, la curación está en saber lo que es. No tengas miedo. Sabe tú quién soy Yo, dónde estoy Yo. No hurgues en lo que nunca creé. No aceptes aquello sobre lo que no sé nada. No trates de deducir el por qué. No trates de analizar. No permitas que tus pacientes crean que son creadores o los instrumentos de otro creador aparte de Mí. Yo soy el único, y he creado sólo UNO. Por lo tanto, no hay otro. No es necesario que pase tiempo para percibir esta verdad.

Como practicante recurre a Mí. Conóceme a Mí. Como practicante tu trabajo de oración es completo, porque está basado en la única creación. El Consolador está presente. Permanece en Mí. No permitas que nada excepto Yo esté presente en tu pensamiento, porque no existe otro

pensamiento más que Yo. Yo soy la Mente que te piensa a ti, que piensa al paciente, que piensa el universo. No creas ni aceptes otro pensamiento. Como practicante, tu trabajo sólo está basado en Mí.

Yo estoy presente. Yo soy poder. Yo he hecho todas las cosas perfectas. No hay nada desemejante a lo que Yo he creado. No hay sustituto alguno. No hay nada que justifique el sueño de vida en la materia. Sólo existe lo que Yo he hecho, y tú sólo me conoces a Mí como Yo soy.

Tu obra sanadora es completa. No aceptes ninguna mentira que diga lo contrario, porque no viene de Mí.

“Todo está bien”.³ ¡Sólo Yo soy TODO! ¡Acepta lo que he comunicado! ¡Acepta que todo es perfecto! ¡Tú sabes sólo lo que Yo sé!

Huelga decir que esta inspiración verdaderamente me ayudó a tomar conciencia una vez más y con toda humildad del hecho de que ¡Dios es TODO! Yo no puedo sentirme personalmente responsable de haber sanado a quienes me llaman para pedir ayuda. Me hizo comprender que la revelación final de esta Ciencia divina es el fundamento sobre el cual se realiza la obra sanadora.

Sentí gratitud de saber que debo trabajar partiendo del hecho de que la Ciencia Cristiana es la revelación final de la verdad, y que mi labor puede apoyarse con seguridad en el conocimiento de que cada tratamiento en la Ciencia Cristiana es eficaz. Nuestra oración no puede ser revertida. Nuestra obra sanadora no está tendiendo a desaparecer. Nuestras curaciones no son largas y tediosas. Nuestra labor es el cumplimiento de la profecía, de manera que todos puedan ser testigos de la promesa de la revelación final de la Verdad.

—Paul Grimes

Publicado originalmente en el número del 19 de Febrero de 2007 del *Christian Science Sentinel*

¹ Isaías 45:22. ² Éxodo 3:14. ³ Mary Peters, *Himnario de la Ciencia Cristiana* N° 350.

La curación no se obtiene hablando

Hace poco, un amigo me comentó acerca del trabajo de oración que estaba haciendo por una persona que le había pedido ayuda mediante la curación cristiana. No me estaba contando nada que violara la confidencialidad, pero era la primera vez que tenía ese tipo de experiencia y le llamaba la atención cuánto había podido “poner al descubierto” mediante la oración. Me explicó que hablaba con frecuencia con el paciente sobre todas las cosas que era necesario corregir antes de que se produjera la curación.

No pude contenerme, y de pronto le pregunté si se sentiría defraudada si la curación se producía muy pronto. Nos reímos y ella entendió mi punto.

Tal vez tengamos que estar más preparados para la curación sin necesidad de dar tantos consejos o instrucción humana. Si bien la oración puede revelar tanto al paciente como al practicante hábitos de pensamiento que necesitan corregirse, la curación como se comprende en la Ciencia Cristiana, no se realiza hablando, ni con un sondeo psicológico de personalidad ni con la obligación de confesar pecados. Aunque el tratamiento en la Ciencia Cristiana parezca necesario por cierto tiempo, siempre se basa con firmeza en la oración que calladamente reconoce y responde a la única Mente, Dios; no se trata de una laboriosa actividad de la mente humana.

Al contestar una pregunta acerca de la curación, Mary Baker Eddy en una ocasión comentó: “Para sanar la enfermedad que le esté aquejando no es necesario hacer de cada paciente un discípulo, si es esto lo que usted quiere decir. Si así fuera, la Ciencia tendría menos valor práctico. Muchos de los que solicitan ayuda no están preparados para tomar un curso de instrucción en Ciencia Cristiana”.¹

En los principios de la curación mediante la Ciencia Cristiana, la gente que era sanada provenía de muchas religiones diferentes o de ninguna. Representaban diversos niveles de educación y de progreso moral y espiritual.

Un joven había recibido un disparo en el corazón y su familia y los médicos que lo examinaron esperaban que muriera. Él no sabía nada de la Ciencia Cristiana, había perdido el conocimiento de modo que no podía conversar con el practicante. No obstante, en pocos minutos después que comenzara el tratamiento mediante la oración, el joven revivió. Muy pronto había sanado por completo. Sin haber tenido ninguna charla sobre la teología de la Ciencia Cristiana, se despertó con el fuerte deseo de practicarla. Preguntó: “¿Es esto algo que puedo aprender y hacer por otros”. Posteriormente fue practicante de la Ciencia Cristiana. (Este relato se encuentra en *Un siglo de curación en la Ciencia Cristiana*, págs. 21 a 24. Un informe anterior de una curación similar se encuentra en *Escritos Misceláneos*, págs. 439 a 440.)

No hay duda de que los cristianos pueden y deberían alentarse los unos a los otros, ayudándose a volver el pensamiento a Dios. Un practicante de la Ciencia Cristiana puede compartir con los demás ejemplos, percepciones y verdades espirituales específicas. Tiene muchas razones para ser profundamente bondadoso, tierno y paciente. Sin embargo, cuando alguien le pide tratamiento a un Científico Cristiano, esa persona no está pidiendo un compañero ni un consejero sustituto, sino la oración que devotamente rodea a alguien con la verdad espiritual y radical de que Dios es todopoderoso y está siempre presente, de manera que excluye cualquier otra aparente fuerza o factor. Esta oración puede o no estar acompañada de recomendaciones para que se haga un estudio espiritual. A veces no es precedida por una conversación muy larga.

Recuerdo que en una ocasión yo tenía un dolor persistente. Una noche aumentó tanto que me hacía temblar. Era similar a una condición que había tenido hacía varios años y de la cual me había sanado mediante la Ciencia Cristiana en el lapso de una semana. Sin embargo, en esta oportunidad parecía más urgente. Aquella noche, hablé brevemente con un practicante para pedirle ayuda mediante la oración, y minutos después el dolor disminuyó y desapareció. Ese fue el fin del problema, hace unos veinticinco años.

Cualquiera sea el tiempo que tome la curación, su base verdadera no es la persuasión verbal ni la educación gradual, sino el hecho espiritual y científico de la realidad divina que lo abarca todo. Puesto que la realidad no incluye enfermedad, dolor ni mal, sino únicamente la bondad de Dios, este reconocimiento puede brindar un sentido muy diferente de las cosas a la experiencia humana. A menudo es necesario que tanto el practicante como el paciente adquieran un mayor crecimiento espiritual fundamental para alcanzar ese reconocimiento. Como escribe la Sra. Eddy, Fundadora de la Ciencia Cristiana: “Por medio del arrepentimiento, el bautismo espiritual y la regeneración los mortales de despojan de sus creencias materiales y de su falsa individualidad”.²

Cristo Jesús habló de aquellos que cometían el error de pensar que Dios los escucharía por su “palabrería”.³ Dios no necesita que se le informe de algo que Él nunca podría saber, como es que Su perfecta expresión, o imagen y semejanza, el hombre, pueda carecer de algo. De igual manera la única inteligencia del universo —Dios, o Mente— expresada en el hombre no tiene que ser convencida de algo. Y el hombre —es decir, nuestro verdadero ser y el ser real de aquellos por los que estamos orando— tiene una sola Mente.

Si cuando hablamos recordamos que nuestro hablar debe basarse en escuchar lo que Dios está diciendo, puede que encontremos que se requieren menos palabras humanas, un amor más eficaz, un concepto espiritual más inspirado y más curación.

—Allison W. Phinney, Jr.

Publicado originalmente en el número del 23 de mayo de 1988, del *Christian Science Sentinel*.

¹ *Escritos Misceláneos 1883–1896*, págs. 38–39. ² *Ciencia y Salud*, pág. 242. ³ Mateo 6:7.

Ley divina: poderosa como ninguna

¡Ley! La palabra misma incluye el poder de la Ciencia divina. La Ciencia Cristiana es la ley espiritual hecha práctica en la vida. Comprende la fortaleza divina e irresistible. La ley espiritual está respaldada por la autoridad infinita de Dios, y es poderosa como ninguna. Mary Baker Eddy afirma: "La ley de Dios se resume en tres palabras: 'Yo soy todo'; y esta ley perfecta siempre está presente para rechazar cualquier pretensión de otra ley".¹ Esta es una declaración muy breve y sustancial de la ley, de sus capacidades, de lo que es y lo que hace.

La ley eterna trasciende toda oposición de la materia, ya sea que esta oposición provenga de la ley física, la ley eclesiástica, la ley médica, la ley mortal, la ley económica, o cualquier otro tipo de ley. Y siempre podemos tener la certeza de que la ley omnipotente del bien, de todo el bien, está siempre con nosotros.

Hace muchos años que soy practicante de la Ciencia Cristiana y conozco muy bien los variados y numerosos problemas que enfrenta la gente. Entradas económicas insuficientes, mala salud, desafíos en los negocios, desacuerdos, incluso problemas en las iglesias. No obstante, siempre podemos preguntarnos ¿Acaso está permitido este tipo de cosas bajo la ley espiritual, bajo la ley del Amor? Si la respuesta es no, hemos dado un gran paso hacia la curación y la resolución de los problemas.

Cualquiera sea el problema y la forma que asuma, la Verdad científica que conocemos con todo nuestro corazón es la única ley que gobierna dicha condición, la ley que anula todo aquello que no es correcto. No enfrentamos superficialmente las creencias humanas o teorías religiosas, con los dedos cruzados, esperando que todo salga bien. Por el contrario, aplicamos la ley inmutable. *Ciencia y Salud* afirma: "La enfermedad, el pecado y la muerte no son concomitantes de la Vida o la Verdad. Ninguna ley los sostiene".²

La ley y el amor son inseparables. El Amor y el Principio —sinónimos de Dios— son uno. En realidad, nunca existió una ley parcial, injusta o insensible. Como tampoco una ley que sea indiferente, carente de amor o temporal. Para que toda ley sea verdadera, debe ser eterna y defenderse a sí misma —debe ser benevolente. Lo que bendice a uno, bendice a todos universalmente. No se trata tan solo de un punto de vista sentimental. Está respaldado por la autoridad divina e impersonal, por Dios. De hecho, es un aspecto de la omnipresencia.

¿Qué podemos decir de nuestra habitual resistencia a la ley divina? ¿De nuestra renuencia a obedecer? Eso es pura obstinación de nuestra parte. ¡Es arrogancia y consciencia mortal en acción! La ley espiritual y auténtica es irresistible por toda la eternidad. En la realidad absoluta dicha ley nunca ha sido rechazada ni puesta en duda; nunca podría serlo. Esto se debe a que no existe una mente mortal que pueda cuestionar, rechazar ni poner en duda la ley de Dios, porque la consciencia divina es Todo.

¿Y qué podemos decir de nuestra oración diaria? ¿Acaso no es cuestión de ponernos conscientemente bajo la ley divina y mantenernos allí con toda la firmeza que sea posible? En realidad, no hay lugar más seguro ni próspero en el que podamos estar. Someta su vida a la ley de la abundancia infinita, la ley del Amor invariable. Tome conciencia, tanto como pueda, de que esa ley lo está gobernando a usted y a todo el mundo a cada instante.

Asimismo mantenga firmemente en su pensamiento que no estamos controlados por la materia o la limitación, la restricción, la injusticia o la parcialidad. En realidad, estamos regidos por las leyes del Principio divino, el gobierno del Amor.

Es muy valioso invertir el tiempo en hacer esto, porque cuando comienza el día parecemos estar rodeados de comentarios negativos e ilusorios, ya sea por el físico, la escasez y el conflicto, es decir, por los argumentos que se oponen a la verdad de la Ciencia divina. ¿Qué se puede hacer al respecto? Mantener bien claro en el pensamiento durante todo el día que la ley del Amor está siempre operando, en todas partes. Ésta es la sustancia de la experiencia que Dios nos ha dado.

—Geoffrey J. Barratt

Publicado originalmente en el número de Octubre de 2007 de The Christian Science Journal.

¹ *No y Sí*, pág. 30. ² *Ciencia y Salud*, pág. 196.

Mejoremos el tratamiento metafísico

Muchas personas tienen el sincero deseo de dar un tratamiento espiritual mediante la oración que sea realmente eficaz, un tratamiento que sane. ¿Cómo podríamos hacerlo, y hacerlo mejor?

El tratamiento más poderoso no comienza con la suposición de que una condición preocupante en particular, por más persistente que sea su apariencia, es una realidad que debe ser de alguna manera rechazada. Comienza reconociendo a Dios, reconociendo Su naturaleza inmaculada y el cuidado perfecto que brinda a Su creación. Y el mejor tratamiento tiende a que nos mantengamos allí, con Dios. El tratamiento eficaz es una comunión con Él, es tener la certeza de que la realidad de Dios y Su linaje es pura y perfecta, y nos mantiene despiertos para que no durmamos y caigamos en el sueño de que hay vida en la materia.

El tratamiento práctico comienza en la cima de la montaña, con la certeza de la omnipresencia de Dios. Deja atrás el valle de las opiniones humanas y la evidencia del sentido físico. Desde el valle, miramos hacia arriba. Desde la cima de la montaña miramos hacia afuera. Al mirar hacia arriba desde el valle puede que pensemos que tenemos que subir una colina muy empinada —alguna enfermedad muy comentada en las noticias, una situación económica aparentemente desesperada, deprimentes perspectivas comerciales o una relación quebrantada— con la que tenemos que luchar y superar. Cuando miramos desde la cima vemos un panorama prometedor e infinito: la totalidad del Espíritu que excluye la materia y proscribiera toda falta de armonía. ¿Qué puede ser más poderoso que eso?

La ética del tratamiento metafísico es exigente. En el capítulo “La práctica de la Ciencia Cristiana” de *Ciencia y Salud con Clave de las Escrituras* por Mary Baker Eddy, leemos: “Es charlatanería mental hacer de la enfermedad una realidad —considerarla como algo que se ve y se siente— y luego tratar de curarla por medio de la Mente. No es menos erróneo creer en la existencia real de un tumor, un cáncer o pulmones deteriorados, mientras abogáis contra su realidad, que para vuestro paciente sentir esos males en la creencia física. La práctica mental que considera que la enfermedad es una realidad, fija la enfermedad en el paciente, y es posible que aparezca en forma más alarmante”.¹

El tratamiento que sana descarta todo aquello que tenga que ser sanado, dondequiera que se encuentre. Descarta enfáticamente que la enfermedad, la imperfección, pueda ser, en algún momento, el verdadero ser de alguien. El tratamiento ideal no es un procedimiento humano que se aplica durante cierto tiempo. Más bien, expresa que el poder divino está con nosotros todo el tiempo. El sanador cristiano está en comunión con Dios y percibe la naturaleza inmaculada de Su creación. Esta consciencia pura refleja la única Mente y es como un cristal claro, una ventana libre de obstáculos por la cual penetra la luz y la realidad de la Mente, Dios. Entonces viene la percepción de que nosotros realmente no hacemos nada, sino que es Dios el que hace todo y es Todo.

El tratamiento sanador que da frutos aprecia profundamente y se deleita en saber que la perfección de todo ser es un hecho actual vigente en todo el universo. No trata de ocuparse ineficaz y mentalmente de la materia o de manejar las situaciones humanas. Se regocija en la infinitud del cuidado que Dios, el bien, brinda a toda Su creación. No lucha simplemente con las creencias, sino que conoce la unicidad de la Mente y su idea espiritual. No se trata de un procedimiento humano, penoso o de otro tipo.

A veces, al referirse al tratamiento, puede que se use un lenguaje que revela un punto de vista que puede debilitar dicho tratamiento. En lugar de enfatizar, por ejemplo, el concepto de “trabajar en un problema”, sería más beneficioso que lo mejoráramos con la certeza de que necesitamos permanecer en la verdad; éste es un cambio significativo. O bien, podríamos afirmar que estamos trabajando por un problema manteniéndonos en la verdad, es decir, conociendo nuestra unidad con la Verdad, Dios. El tratamiento firme no se aferra al problema, sino que se aparta de él contemplando las realidades perfectas de todo ser. El tratamiento es mucho más exitoso y mejor a medida que elevamos nuestro pensamiento y dejamos de pensar que lo que hay que tratar es una condición física. Hasta que no lleguemos a ese punto, nuestro trabajo basado en la oración no estará completo.

El resistirse a ser atraído por un tratamiento que se centra en el cuerpo, mejora la oración sanadora. Digamos que un amigo nos pide ayuda metafísica porque tiene un problema en su pierna izquierda, y agrega que su espalda también necesita atención, además tiene una dificultad en la cabeza, ¡con todos los detalles! Esa especificación de síntomas puede ser muy natural desde el punto de vista de nuestro amigo. Pero el practicante tiene que estar alerta para que esos comentarios no desvíen su atención hacia la corporalidad. Toda tentación de querer aplicar algún yeso mental en

la pierna o en otro lado, debe evitarse porque es un cambio en la dirección equivocada. Es cierto, puede que los supuestos problemas del cuerpo físico sean muy agudos y vívidos para el paciente, pero un cuerpo con problemas no debería ser una imagen vívida para aquel a quien se le pide tratamiento metafísico.

No deberíamos, y no necesitamos, imaginar la escena material. No imaginar ese cuadro nos ayuda a mantener la integridad espiritual de nuestra oración. Tratamos espiritual y científicamente la inflamación, una fractura, un sarpullido, o lo que sea, no como una condición que podemos imaginar, sino como un argumento falso acerca de la identidad como la semejanza incorpórea de Dios.

Disminuir y expulsar los temores del paciente es fundamental. Esto corre peligro si imaginamos mentalmente lo que el paciente cree que está mal. Ese no es un pensamiento propio del paciente, sino una creencia e imagen del pensamiento mortal en general, aunque parezca pertenecer al sufriente, quien tal vez sea muy gráfico al hablar al respecto. Si absorbemos imágenes coloreadas de lo que está mal, podemos poner en peligro nuestra tan necesaria temeridad y diluir nuestra confianza en el poder de Dios.

Mejoramos el tratamiento cuando insistimos en dejar de lado la información que proporcionan los cinco sentidos físicos que son los informadores engañosos y profetas falsos más grandes que existen. Aunque superficialmente estos cinco falsificadores parezcan tan inofensivos e inocentes como ovejas, para el sanador espiritual no lo son, pues sus descripciones y comentarios de las condiciones y problemas materiales pueden ser insistentes. La Biblia hace sonar la alarma: "Guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros con vestidos de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces".²

Para que se produzca la curación, nos apartamos de la persuasión de los sentidos que afirman que el hombre de Dios es un mortal que vive y sufre en la materia. No deberíamos creer ni por un instante que tenemos que sacar al hombre fuera de la materia, o la materia fuera del hombre, puesto que esa nunca fue la situación ni lo es ahora. La verdadera identidad es espiritual, tiene su ser en el Espíritu. Tenemos que negar la historia que relatan los sentidos de que alguien pueda ser un mortal enfermo, y poner al descubierto la mentira de que él o ella sea una personalidad física alterada o que carece del bien. Esas sugerencias pueden ser sumamente destructivas si se piensa que son una realidad. Son la fuente de todos los males. El sanador, comprendiendo la naturaleza impecable de la creación de Dios, afirma que son totalmente falsas.

Puesto que el Cristo, la fuerza siempre presente de la Verdad sanadora, es la dinámica del tratamiento, éste va a donde necesita ir, aunque haya un continente de distancia entre el practicante y el paciente. No hay contracorrientes de la creencia mortal que puedan desviar de curso el tratamiento. La única influencia que está operando es la irresistible influencia del Cristo para bien.

El tratamiento basado en la espiritualidad y en la Ciencia —basado en la Biblia y como lo demostró Cristo Jesús— expresa confianza cualesquiera sean los desafíos que proyecte el sentido mortal. Siempre hay una solución humana, porque hay una solución divina. La solución es, esencialmente, la totalidad y el poder de la Deidad. Eso es lo que desenmaraña la complejidad mortal. Al mejorar con total confianza el tratamiento defendiéndolo bien, es útil esta indicación: "Tenemos que compenetrarnos de la habilidad del poder mental para contrarrestar los conceptos humanos erróneos y para reemplazarlos con la vida que es espiritual y no material".³

El tratamiento firme no incluye ninguna creencia humana débil, ni meros pensamientos agradables positivos, sino ideas poderosas que provienen de Dios y están en Él, y nada puede frustrar su propósito. El poder mental que sana no se genera dentro de la consciencia humana; es el resultado de la única Mente todopoderosa, Dios. Armados de verdadero poder mental —la presencia real de la Mente eterna— podemos ser testigos de la perfección de la que la Mente es un testigo constante. Y cuando somos testigos de la Verdad la situación se manifiesta ante la opinión humana en forma de curación.

—Geoffrey J. Barratt

Publicado originalmente en el número de Agosto de 2000 del *Christian Science Journal*.

¹ *Ciencia y Salud*, pág. 395. ² Mateo 7:15. ³ *Ciencia y Salud*, pág. 28.

El folleto completo en inglés está compuesto de la siguiente manera:

To Be a Christian Science Practitioner
G450B50765EN / G50765



This booklet offers encouragement for those desiring to enter the public practice of Christian Science and gives fresh inspiration for those nurturing their healing practice. Includes articles, poems, and testimonies of healing.

Paperback pamphlet measures 5.5" x8.5" (14cm x 22cm)

Prepare to Practice Healing

- "The Desire to Heal" - J. Thomas Black
- "Humility—'lens and prism' " - Corinne Jane Teeter
- "Integrity and Healing" - Naomi Price
- "Upgrading Metaphysical Treatment" - Geoffrey J. Barratt

Understand the Treatment of Prayer

- "Healing Is Not a Talking Cure" - Allison W. Phinney, Jr.
- "The Simple Prayer that Transforms" - Keith Wommack
- "Healing—Infinite Range, Perfect Precision" - Kari Mashos
- "After the Call" (poem) - Lois Rae Carlson

Establish the Practice

- "The Healing Practice of Christian Science: A Ministry and a Career" - Phil Davis
- "Supply—and Going Into the Public Practice of Christian Science" - Timothy A. MacDonald
- "Practitioner Charges and Love's Design" - Gail Menschel

Know What Is True

- "Clearing Away the Fog" - Deborah Huebsch
- "Divine Law: Uniquely Potent" - Geoffrey J. Barratt
- "To Heal—Be Faithful to Truth" - Barbara Vining
- "Inspiration for a Healer" - Paul Grimes
- "The Practitioner" (poem) - Rosemary C. Cobham

Términos y Condiciones de Uso e Información Legal

El sitio *El Heraldo de la Christian Science* es un servicio ofrecido y establecido por La Sociedad Editora de la Christian Science (The Christian Science Publishing Society en Boston, EUA).

Si tiene alguna pregunta sobre este sitio, o si asegura que estamos usando sin permiso alguna obra de la que usted tiene derechos de autor, sírvase contactarnos a servicio@csp.com.

Mediante el uso de este sitio web Ud. acuerda sujetarse a las siguientes normas, guías, políticas, términos y condiciones del mismo tal como se describe mas abajo y según la Política de Privacidad del mismo en todo momento.

The First Church of Christ, Scientist, The Christian Science Publishing Society y sus afiliadas se reservan el derecho de modificar los términos de uso y su política de privacidad de este sitio web en cualquier momento.

Derechos de Autor y Permisos de Reimpresión

El contenido de este sitio es de propiedad de The First Church of Christ, Scientist y/o sus afiliadas o proveedores. ©2009 The Christian Science Publishing Society, Scientist todos los derechos se encuentran reservados.

Generalmente en este sitio las fotografías y sus modelos tienen propósitos meramente ilustrativos y no necesariamente apoyan este sitio.

Para todas las fotos proporcionadas por las firmas de stock de fotografías como Index Stock o Getty Images, sus modelos tienen propósitos meramente ilustrativos y no necesariamente apoyan este sitio.

El contenido de esta página web, como ser su texto, las fotografías, imágenes, gráficos, logotipos, botones, íconos y la compilación de tal materia es propiedad de La Sociedad Editora de la Christian Science y sus afiliadas o bien de sus proveedores y se encuentra protegido por las diferentes leyes de Propiedad Intelectual. La Sociedad Editora de la Christian Science le otorga una licencia para ver, almacenar y utilizar este material protegido para propósitos personales no comerciales y hogareños exclusivamente. Ud. no pueda bajo ninguna circunstancia vender, reproducir en cantidad, republicar o redistribuir estos contenidos sin la aprobación expresa y por escrito de La Sociedad Editora de la Christian Science.

Para solicitar permiso para reproducir material con derechos de autoría de La Sociedad Editora de la Christian Science, para preguntas de carácter general sobre la política de reimpresión de este sitio, o para hacer preguntas cualquiera sea su naturaleza que no sean respondidas más abajo, puede enviar un e-mail a copyright@csp.com, o contactarnos a la siguiente dirección:

Copyright Administrator
The Christian Science Publishing Society
210 Massachusetts Ave, P02-15
Boston, MA 02115
Phone (617) 450-2000
Email: copyright@csp.com

Fuente: <http://www.elheraldocc.com/heraldo/terminos.jhtml>